

señores, y en la de diputados se le predijo el fracaso de su gestión ó la ruina de Austria. El gobierno presentó al parlamento un proyecto otorgando á Galicia la mayor parte de las franquicias consignadas en la *Resolución*, á saber: dejar á cargo de la Dieta toda la legislación interior; asegurar para siempre en el gabinete austriaco un puesto á un ministro gallego, y otorgar á los delegados de la Dieta en el *Reichsrath* el derecho de votar hasta en los asuntos extraños á su país. Interpelado acerca del particular, Hohenwart contestó que estaba dispuesto á conceder los mismos derechos á Bohemia. Entonces la Cámara elevó un mensaje al emperador denunciando la funesta política de sus ministros; pero Francisco José se decidió á favor de éstos. Ideó la izquierda no votar el presupuesto, paso que no se atrevieron á dar los grandes propietarios, por estimarlo revolucionario. Votado el presupuesto, se redactó el proyecto de concierto con el pueblo tcheco, al que se quería contentar para garantir la frontera del Norte contra la temible propaganda de Prusia, y el diez de Agosto fueron disueltos el *Reichsrath* y todas las Dietas provinciales, incluso las federalistas. Las nuevas elecciones dieron mayoría al gobierno, que pudo revisar á sus anchas la constitución. Las minorías alemanas protestaron de lo que se iba á hacer, y se retiraron del parlamento. El interés de esta legislatura se concentró en Bohemia. La mayoría tcheca, dueña del campo después de la retirada de los alemanes, acordó, bajo la inspiración de Clam-Martinitz, elevar al emperador un mensaje, acompañado de los *Artículos fundamentales*, en que se pedía para Bohemia una situación idéntica á la de Hungría: que sus representantes en la Delegación cisleithana fuesen elegidos por la Dieta y no por el *Reichsrath*; que un congreso de delegados de las Dietas cisleithanas legislase en materia de comercio y de comunicaciones; que un senado, nombrado por el emperador, ejerciese las funciones de guardián y de intérprete de la nueva constitución; que por una ley especial se garantizase la igualdad de derecho de todas las nacionalidades, y que, para asegurar esta igualdad, se revisase el reglamento electoral de la Dieta de Bohemia. El emperador recomendó á la diputación que le presentó el mensaje, que su Dieta eligiese los diputados para el *Reichsrath*, con lo que los partidarios federalistas compondrían mayoría y podrían modificar legalmente la constitución. «Yo no quiero ya otorgar nada», añadió. ¿Quién en estos instantes hubiese dudado de que los tchecos iban á triunfar? No triunfaron, sin embargo. La nobleza histórica quería, en interés de su dominación, que Bohemia debiese el logro de sus aspiraciones, no á un Parlamento, sino á ella y á la corte, y por ello, el gran mariscal de la Dieta, conde Nostitz, persuadió á los diputados á abandonar á Viena sin entrar en negociaciones con el gobierno; en aquel mismo instante, Beust, en una memoria al Emperador, declaraba que la política de Hohenwart conmovía por sus cimientos la monarquía austro-húngara y volvía á poner en discusión el compromiso de mil ochocientos sesenta y siete; Andrassy, que el Emperador llamó á Viena, aseguró que Hungría no consentiría que el pacto de compromiso se sometiese, ni siquiera

para una simple formalidad de registro, á la Dieta de Bohemia, y que Hungría, habiendo tratado con Cisleithania, no quería conocer más que á Cisleithania. En vista de todo esto, el veinte de Octubre de mil ochocientos setenta y uno, el Emperador reunió un gran consejo, con asistencia de los tres ministros comunes y los dos presidentes del Parlamento, y esta asamblea acordó que los tchecos, ante todo, debían reconocer la constitución de Diciembre. En absoluto se negaron á ello Clam-Martinitz y Rieger, llamados á Viena, y el ministerio hubo de retirarse, quedando Beust triunfante. Mas por poco tiempo. A los ocho días, el Emperador le pidió la dimisión, y el catorce de Noviembre nombró á Andrassy ministro de Negocios Extranjeros. Hungría se apoderaba de la dirección de la política exterior de la monarquía, y el dualismo quedaba definitivamente establecido con todas sus consecuencias. Pasemos á Turquía.

No podía la Puerta con las reformas que le imponían las potencias europeas; y no porque no hubiese progresado: cabalmente, desde la fundación en mil ochocientos treinta y seis del *Tertjuman odasi*, «gabinete de traductores», de donde salieron los estadistas más eminentes que gobernaron el Estado turco hasta mil ochocientos setenta, como Ali Pachá, Fuat Pachá, Namyk Pachá, entre otros, había dado grandes pasos en el camino de asimilarse la cultura occidental. En mil ochocientos sesenta, apareció el primer periódico turco, *Tertjuman í Ahwal*, «el Intérprete de las circunstancias», casi de oposición; de mil ochocientos sesenta á mil ochocientos sesenta y tres, se fundaron la «Sociedad científica otomana», con su revista científica, y la «Sociedad literaria», que publicó una revista mensual ilustrada; en mil ochocientos sesenta y tres se formaron verdaderos partidos, con una prensa para sostener sus doctrinas—*Basiret* «La Perspicacia», conservador; *Vagyt* «El Tiempo», *Istigbal* «El Porvenir» y *Cadagat* «La Verdad», progresistas;—de mil ochocientos cuarenta y seis á mil ochocientos sesenta y ocho, fué secularizada la instrucción pública y organizada á semejanza de la europea; en mil ochocientos cincuenta y siete, en fin, aparecieron los primeros libros destinados á la enseñanza y vulgarización del conocimiento: y fruto natural de todos estos adelantos fué una literatura nueva, representada por una pléyade de jóvenes, «la joven Turquía», como Zia-Bey, poeta y polemista; Kemal, cuyo romance, *Nazmi*, y sus libros de historia patriótica están concebidos á la manera de la *Historia de los girondinos*, de Lamartine; Kaniszá y Sultán Jatih, famosos por sus ensayos de crítica, de estética y de filosofía política, que renovaron la lengua turca. Pero esta transformación no pasaba de la corteza. El turco seguía apegado á sus creencias é intereses, totalmente opuestos á la renovación que se pedía á su sociedad. Proclamando la igualdad de todos los cultos y nacionalidades, la igualdad de todos los súbditos en el impuesto y el servicio militar, la admisibilidad de los cristianos á todas las funciones, el *Hatti-humayun* de mil ochocientos cincuenta y seis subvertía la organización tradicional del imperio, donde todo descansaba en el principio de

la sujeción del cristiano al turco, de la opresión del raía por el musulmán. La creación de tribunales mixtos y representación de los cristianos en el Consejo de Estado, la codificación de las leyes civiles y criminales, la reforma de la policía y del sistema penitenciario, la reorganización de las administraciones provinciales y mejora de las vías de comunicación, la fundación de establecimientos de crédito y refundición del sistema monetario, hasta el establecimiento de un presupuesto anual de ingresos y de gastos; todos estos hermosos proyectos que el *Hatti-humayun* prometía, habían de quedar letra muerta por la oposición de los interesados, así cristianos como musulmanes. No podían consentir éstos que se armase á los raías, y menos aún que los raías mandasen en los regimientos á los fieles del profeta. Por su parte, los cristianos preferían á la obligación del servicio militar el antiguo sistema de redención en metálico. Tampoco los patriarcas y obispos se avenían con la igualdad, que traería consigo, ya que no la supresión, la revisión de los privilegios otorgados á las comunidades religiosas. Por todas estas causas, la gran reforma prometida en mil ochocientos cincuenta y seis no dió otro fruto que la creación de unos cuantos funcionarios y de dos ministros, de Justicia y de Instrucción pública. En vano Rusia pidió, en mil ochocientos cincuenta y nueve, que se practicase una investigación acerca de la situación de los cristianos; en vano los gobiernos europeos expresaron oficialmente su disgusto por no «proceder el Sultán á la aplicación gradual y sostenida de las reformas». La investigación que se empezó en mil ochocientos sesenta no dió resultado alguno.

El veinticinco de Junio de mil ochocientos sesenta y uno murió Abdul-Medjid, sucediéndole el incapaz Abdul-Assiz, que hubo de ocuparse, ante todo, en reprimir la insurrección de Herzegovina, causada por las esperanzas de libertad que despertara en sus habitantes la victoria de Grahovo, de que hablamos en la página ciento ochenta y nueve, y las exacciones de los begs. Temiendo las potencias que de esta chispa saliese un incendio, una guerra europea, recomendaron á Nicolás II guardar estricta neutralidad, recomendación que el czar atendió, autorizando el paso por el Tsernagora de los convoyes destinados á provisionar la ciudadela de Nikitchitch; mas no pudo impedir que los montañeses corriesen en bandos al socorro de sus hermanos de religión y de sangre. La resistencia de los insurrectos fué heroica. Veinte mil montañeses se sostuvieron firmes durante cuatro meses, frente á setenta mil turcos, que en la primavera de mil ochocientos sesenta y dos pasaron la frontera, á las órdenes de Omer-Pachá. Mirko, «la espada del Tsernagora», presente siempre en todas partes, hizo vacilar por un instante la fortuna. Con sólo oír su nombre, los turcos se desbandaban. Europa no daba señales de vida. Napoleón tenía absorta ya su atención en la empresa de Méjico, y Palmerston decía cínicamente, en la Cámara de los Comunes, «que Inglaterra aplaudiría que los rebeldes del Tsernagora fuesen castigados por las tropas del sultán». Sólo el Papa, Pío IX, se movió

á favor de los servios, prohibiendo á los católicos de Albania, en encíclica dirigida á los obispos, prestar concurso de ninguna especie á los turcos. Como no podía menos, el número triunfó. Para detener á Omer-Pachá camino de Cetinjé, Mirko, sin cañones, con los últimos montañeses, empeñó el veinticinco de Agosto, en Rieka, supremo y sublime combate, que duró seis horas, no cediendo hasta verse aplastado por los proyectiles de la artillería turca. Sin embargo, Omer-Pachá no pudo entrar en Cetinjé. Le cerró el paso una nota colectiva presentada por las potencias á Constantinopla, seguida de un *ultimatum*, por el que se desterraba al príncipe Mirko del Tsernagora, se confiaba á las tropas otomanas la guarda del camino de Herzegovina á Scutari, al través del Montenegro, se vedaba la importación de armas y municiones y se prohibía á los montenegrinos elevar fortificaciones en sus fronteras. Pero estas estipulaciones no fueron cumplidas. Lo único que se cumplió fué que Herzegovina, duramente castigada, volvió á caer bajo el odioso yugo de los begs.

Abdul-Assiz defraudó las esperanzas del viejo partido turco y de los enemigos de las reformas, anunciando al gran visir, no bien se sentó en el trono, su voluntad de continuar la obra de las reformas, incluso la de suprimir el harem, declarando que no quería tener más que una sola compañera. Dos políticos de la Joven Turquía, Fuat-Pachá primero y luego Ali-Pachá, plenipotenciarios que habían sido ambos en el congreso de París y célebre el segundo por el hecho, quizás único, de no haber aceptado jamás un vaso de vino, ejercieron casi siempre el poder, consagrándose á la doble tarea de restaurar la hacienda y cumplir las promesas de mil ochocientos cincuenta y seis. En lo primero se ocupó principalmente Fuat. Por las malversaciones de los funcionarios, los desarreglos del sultán, las insurrecciones y las guerras, la situación del Tesoro era por todo extremo deplorable. Como todos los gobiernos ignorantes de la hacienda pública, el turco había abusado de la emisión de papel moneda, por la seducción que ejerce sobre los espíritus imprevisores medio tan cómodo de proporcionarse dinero. En mil ochocientos sesenta, el déficit subía á ochenta millones, á pesar de lo cual las emisiones continuaron, hasta establecerse el curso forzoso del papel, que bajó á dos séptimas partes de su valor nominal. Empujaba por la pendiente del descrédito el sultán, que, olvidando sus primeros propósitos, tenía un harém de nuevecientas mujeres, con tres mil dependientes, y donde se servían á diario quinientas mesas de doce cubiertos. Acudióse á empréstitos extranjeros, al interés del ocho por ciento, hasta del doce por ciento, en mil ochocientos sesenta y cinco. Todo fué en vano. Los proyectos de reforma fracasaron, consiguiéndose únicamente establecer el gran libro de la Deuda pública en mil ochocientos sesenta y cinco, y crear, con el concurso de hacendistas franceses é ingleses, el Banco otomano.

Por este tiempo, ocurrió la insurrección de Creta. Desesperados los cretenses de que se llevasen á efecto las prescripciones del *Hatti-humayun*, nombraron en mil ochocien-

tos sesenta y seis una comisión, que elevó al Sultán respetuosa instancia exponiendo sus agravios y las reformas que deseaban. La Puerta respondió, en medio de vagas promesas, negándose á examinar las quejas y amenazando con ejemplares castigos á los que no se sometiesen á la voluntad del Sultán, ó tratasen de reunirse contraviniendo á las órdenes del gobernador Ismael Pachá. Recibir los cretenses esta respuesta y sublevarse fué todo uno, proclamando su Asamblea general, reunida en Sfakia el veintitrés de Septiembre, «la unión indisoluble de Creta á su madre Grecia». Su primer empuje fué terrible. En el dédalo de montañas cretenses, los otomanos fueron aplastados y rechazados luego hacia Candía y Canea. La Puerta despachó inmediatamente cuarenta mil infantes al mando de Omer Pachá, que fracasó contra el macizo de Sfakia, la «ciudadela histórica é inaccesible de las insurrecciones cretenses». En vista de estos sucesos, las potencias protestaron de nuevo contra el incumplimiento del *Hatti-humayun*, consignando que no se había ejecutado ninguna de las reformas prometidas, que no se admitía á los cristianos á los cargos públicos, que no se les administraba justicia y que la Hacienda empeoraba en vez de mejorar. Lejos de desdeñar esta protesta, Ali Pachá se aplicó con todas sus fuerzas á realizar la fusión de los diversos elementos constitutivos del imperio. Lo primero que hizo fué crear un Consejo de Estado, en cuya sesión inaugural, celebrada en Junio de mil ochocientos sesenta y ocho, dijo el Sultán que, «para él, no había diferencia entre musulmanes y cristianos»; que la religión y los derechos de los cristianos habían sido respetados hasta entonces, pero que, conforme al antiguo sistema, los cristianos habían sido excluidos de las altas funciones del Estado, al paso que, «en adelante, estarían abiertas para todos las puertas de las funciones públicas, incluso la de gran Visir, siendo el mérito lo único que se tendría en cuenta en la elección». Para formar administradores instruidos á la europea y resueltos á aplicar las reformas, Ali Pachá fundó el liceo francés de Gálata; luego, en mil ochocientos sesenta y nueve, organizó un ministerio de lo Interior y publicó los elementos de un Código civil; por último, en mil ochocientos setenta, autorizó el uso del sistema decimal de pesos y medidas. Pero todo esto se lo llevó el viento. Fuad-Pachá murió en mil ochocientos sesenta y nueve; Ali, en mil ochocientos setenta y uno, y con la desaparición de estos dos gobernantes, Turquía volvió á su estado de inercia, quedando demostrado que era incapaz de transformarse.

En Grecia, la intervención de Francia é Inglaterra durante la guerra de Crimea, para reprimir los ímpetus belicosos de sus habitantes contra los turcos, arruinó á los partidos francés, inglés y ruso y fué causa de que Othón se hiciese impopular, por no haberse lanzado á la loca empresa de resistirse. La hostilidad contra el rey se desarrolló, sobre todo, en el ejército, y se manifestó en repetidas insurrecciones. La de Náuplia, ocurrida el primero de Febrero de mil ochocientos sesenta y dos, duró dos meses y medio, y antes de que fuese sofocada, se produjo otra en la isla de Syra. Las sociedades secretas, hetai-

rias, se enseñorearon del país. El diez y nueve de Octubre, mientras el Rey viajaba por las costas de Grecia, se sublevó la guarnición de Missolonghi y, á continuación, la de Atenas, cuyos soldados saquearon el castillo real. Othón, sin fuerzas con qué defenderse, abdicó el veintiséis de Octubre, instituyéndose un gobierno provisional, compuesto de Kanaris, Bulgaris y Rufos, que convocaron una Constituyente. Desechada por la mayoría de los diputados la proposición de organizar una república, la primera tarea de la Constituyente fué buscar rey. Al intento de captarse el apoyo de Inglaterra y que ésta les cediese las islas Jónicas, los constituyentes se fijaron en el príncipe Alfredo, hijo segundo de la reina Victoria; pero Napoleón III y Alejandro II, invocando el protocolo de Londres, que excluía del trono de Grecia á los parientes de las dinastías de los Estados protectores, le rechazaron, y por la misma razón, á su pariente el príncipe de Leuchtemberg. logrando dar soberano á Grecia ésta sería por gratitud cliente de Inglaterra, Palmerston Discurriendo que si tomó entonces el asunto por su cuenta, anunciando que las islas Jónicas serían el regalo del fausto advenimiento del nuevo monarca, si éste era á gusto del gobierno de Londres. Después de una estéril tentativa con Fernando de Sajonia-Gotha, padre del rey de Portugal, eligióse, el treinta de Marzo de mil ochocientos sesenta y tres, á un sobrino del soberano de Dinamarca, Guillermo Jorge, cuya hermana estaba casada con el príncipe de Gales. El electo no aceptó la corona hasta el diez y ocho de Junio. Palmerston cumplió su promesa: por tratado firmado en Londres el catorce de Noviembre, Inglaterra cedió las islas Jónicas á Grecia, mediante la neutralización de Corfú y demolición de sus fortificaciones.

Durante estas negociaciones, la anarquía había llegado en Grecia á extremos inverosímiles. En Febrero de mil ochocientos sesenta y tres, nueva insurrección militar obligó á los individuos del gobierno provisional á retirarse, pasando todo el poder á la Asamblea, donde las ambiciones de los representantes y la intervención del ejército provocaron vergonzosos desórdenes. El treinta de Junio, nombrado ya rey Jorge, se insurreccionó otra vez la guarnición de Atenas, peleándose en las calles durante tres días. Cuadrillas de bandidos recorrían el país, alentados por la Cámara, que rehabilitaba á asesinos, como el regicida Donsios, al paso que privaba por diez años de los derechos políticos á los ministros que, cumpliendo con su deber, habían reprimido la insurrección de Nauplia. No modificó un ápice esta situación la llegada del rey Jorge, el treinta de Octubre de mil ochocientos sesenta y tres, á pesar de prometer en su manifiesto que consagraria su vida á hacer de Grecia «el modelo de los reinos de Oriente». Difícil era asegurar, en mil ochocientos sesenta y cuatro, que el reino no se destruiría en fratricida lucha. Los diputados iban con pistolas y puñales á la Asamblea, que seguía abierta, á pretexto de preparar la reforma constitucional. Nueva amnistía puso en la calle á los criminales de derecho común, honrados con el epíteto de «víctimas de la tiranía». Por doquier estallaban mo-